

Dr. Dn. Cristóbal de Góngora y
Figueras
Phe

LA POESIA EN LA VIDA MODERNA

27

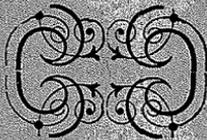
DISCURSO

DEL

DR. MANUEL MARIA SANCHEZ

MANTENEDOR DE LOS JUEGOS FLORALES
DEL CENTENARIO DE LA BATALLA DE PICHINCHA

(Edición especial de la Revista de la Sociedad
Jurídico-Literaria.—Números 100-105)



QUITO

IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

1922

LA POESIA EN LA VIDA MODERNA

(DISCURSO DEL MANTENEDOR DE LOS JUEGOS
FLORALES DEL CENTENARIO, DOCTOR DON
MANUEL MARIA SANCHEZ)

Bella y Graciosa Majestad,
Gentiles Damas de la Corte de Amor,
Señor Presidente de la República,
Señoras, Señores.

En la hermosa tierra de Provenza, donde las abejas de la Atica formaron sus colmenas y el genio latino dejó huellas imborrables; bajo un sol, que es oro en el trigal, sangre roja en los racimos y fuego de inspiración en los corazones; en los atardeceres de Mayo, cuando la luz tiene la suavidad de una caricia y el silencio mismo la dulzura de un idilio; a la sombra de las moreras sagradas y entre los asfodelos en flor de un jardín de ensueño, nació esta Institución del Gay Saber, patrocinada, más tarde, por monarcas espléndidos y por Corporaciones ilustres.

Creada por los antiguos trovadores, cuando la brutalidad de la violencia hacía de la guerra la hoz san-

griente para las mieses de la muerte y las hogueras del fanatismo se elevaban, como una imprecación o una blasfemia, en la diafanidad del horizonte, esta Fiesta es un símbolo de bondad y de belleza, con el cual la juventud, en la que se halla remozado el espíritu caballeresco, ha querido honrar a la Patria, deshojando en el sendero del recuerdo glorioso frescas rosas de amor y poesía.

Feliz pensamiento el de esta ofrenda patriótica, que nos da a gustar, como en otrora, el placer de la armonía!

En medio de las agitaciones de la lucha diaria, que nos encierra, cada vez más, en el reducido círculo de las necesidades materiales, despertar la emoción equivale a realizar una obra de generosidad espiritual, que amplíe el concepto de nuestra vida árida y mediocre y ofrezca a nuestras miradas la visión de mejores perspectivas.

En la cárcel de nuestras preocupaciones cotidianas vive, prisionera y silenciosa, el ave de la fantasía. Abramos la puerta de la jaula donde se agita, ávida de espacio, y dejemos que, siquiera por breves instantes, bata libremente las alas en la altura, y se bañe en claridades y derrame la alegría del trino. Ella, cautiva de la realidad implacable, tornará pronto, demasiado pronto para su anhelo; pero tornará trayéndonos de su peregrinaje por el Ideal un girón de azul y una gota de rocío.

Démosle la acogida y la salutación cordiales y amemos fervorosamente el Arte, porque no desvía de su ruta a la ciencia ni enerva la fuerza milagrosa de la acción ni contradice el decantado sentido práctico, en nombre del cual se quiere empequeñecer el universo de las existencias, como si fuese posible encerrar la inñinidad del océano en un vaso de barro, frágil y deleznable.

¿Será, en verdad, el Arte, en su forma más perfecta y cabal—la Poesía—residuo de un sentimentalismo caduco, condenado a morir por inútil? ¿Podrá desaparecer la Belleza al advenimiento de la Ciencia, como lo vaticinaba Renán? ¿Habrá que juzgar a la imaginación como a la loca de la casa, que deba ser reducida a la in-

movilidad? ¿Terminará el análisis por desvanecer el encanto de los seres y de las cosas?

Por más que algunos sabios—no todos, por fortuna—parezcan creerlo así y así lo afirmen y por más que se extreme el furor iconoclasta para pulverizar o, por lo menos, mutilar la estatua radiante de la diosa, ella seguirá infrangible, ostentando la excelsa serenidad de su hermosura.

No puede existir antagonismo entre la Ciencia y la Poesía. Guyau, que con la originalidad y la profundidad de su talento seductor, ha desentrañado este problema, ha terminado por proclamar una conclusión consoladora.

«Habrá en la Ciencia humana, dice el insigne pensador, una sugestión eterna y, por consiguiente, una poesía eterna».

La una y la otra, en realidad, lejos de oponerse, se armonizan y completan. No son enemigas; son dos hermanas que siguen la misma senda y van, en comunión íntima, hacia un mismo destino. Cuando la poesía interroga, la ciencia estudia y desenvuelve el misterio; cuando ésta investiga, aquella le da esa lente asombrosa de la intuición. La hipótesis misma—hilo de Ariadna del progreso—puede ser considerada, según alguien lo ha observado, como la obra de la imaginación y como el juego de una actividad propiamente estética, y la hipótesis—bien lo sabéis—ha servido de zahorí del prodigo y ha arrancado a la materia sus arcanos.

El sabio es, también, en cierta manera, un visionario, y, a medida que descubre un ignorado aspecto o un secreto inexplorado de la naturaleza, un portento más que tenga la atracción de lo taumatúrgico, afina la sensibilidad del arte y arranca de las líricas notas desconocidas. De esta suerte, multiplicados los tesoros de la sabiduría y ennoblecida por ella, la Belleza dilata y afirma su reinado.

La concepción de una ciencia que ponga término a esa soberanía es una concepción egoísta y mezquina; porque, en su exclusivismo de adusta conquistadora, significaría apenas un fuego fatuo, desprendido del vasto

cementerio del universo, despojado ya de su magia sugestiva.

Afortunadamente, la evidencia de los hechos ha venido a demostrar que resulta ilusorio realizar ese despojo, en nombre de la ciencia, como ilusorio resulta, asimismo, realizarlo en nombre de la acción.

Aquellos que, sin comprender todo el amplísimo significado de esta última palabra, por pregonar la necesidad del esfuerzo, condenan inexorablemente la poesía, olvidan que ésta es una emanación de la virtud que preconizan y que, en lugar de anular o debilitar su eficacia, la fortalece y acrecienta.

En la armonía y concatenación de las ideas, la poesía es hermosura, la hermosura, fuerza, y la fuerza, acción.

En los viejos tiempos de la Grecia heroica, los versos de Tirteo, vibrantes y sonoros como clarines, enervorizaban la sangre para la lid y en los modernos de la Gran Revolución las estrofas ardientes de Rouget de Lisle desbarataban ejércitos y derribaban tronos. Aun en nuestras mismas democracias, en las horas más negras de decadencia, abyección y despotismo, nunca faltaron cantores que, con acentos fogosos de rebeldía y de esperanza, despertaron las conciencias para las reivindicaciones del derecho.

Pretender que la poesía es una manifestación morbosa que amengua y destruye la potencialidad de los pueblos equivale a borrar páginas enteras de la historia.

Los ingenios latinos florecen cuando Roma es dueña del mundo. En tanto que España no ve ponerse el sol en sus dominios y llega a la grandeza épica en América, en Italia y en Flandes, Garcilaso musicaliza el idioma, Lope recibe el homenaje de papas y de reyes, Teresa de Jesús habla con Dios, Calderón emula a Shakespeare y el enorme Cervantes levanta el monumento más imperecedero de la raza. El siglo de oro de la literatura francesa es, también, un siglo de poderío político. Mientras Byron ama, sueña y canta, Inglaterra extiende y asegura su imperio colosal. Y en la Eman-

cipación americana, la epopeya flamígera de la espada está contenida en la epopeya peregrina del verso. La sublimidad de Bolívar, el Gigante, se completa y magnifica con la sublimidad de Olmedo, el Divino.

En estos mismos momentos, cuando palpita febrilmente acelerado el ritmo de la vida; cuando, suprimida del léxico la palabra *imposible*, al empuje del genio y del trabajo, la industria, monstruo poliforme de cien cebrás y cien brazos, traspasa las fronteras de lo verosímil y corona la escala del milagro, en las urbes más cultas y populosas hay cenáculos de poetas sobre los cuales descienden las lenguas de fuego de la inspiración, para que interpreten el mundo renovado y hagan más evidente la percepción de lo maravilloso a aquellos que por sí mismos no son capaces de encontrarla.

En vez de haberse menoscabado la importancia de la poesía, ha aumentado, indudablemente, en los últimos tiempos, ha intervenido en todos los grandes acontecimientos, ha seguido las varias corrientes de la Filosofía y ha descendido a las profundidades de la compleja alma moderna, para descifrar los problemas más abstractos.

¿Qué cuerda no ha vibrado en su arpa polífona? Del gusano al astro, de la gota aprisionada en un estambre al océano inconmensurable, del individuo a la Patria y a la Humanidad, su gama ha abarcado todas las notas y su paleta, todos los matices.

Este poder de creación y de difusión, inmenso pero económicamente improductivo, suscita, precisamente, contra la Poesía la hostilidad de los que creen representar el buen sentido, el famoso sentido práctico, antifaz, no pocas veces, de la miopía de las facultades y de la aridez del corazón. Si no hay capacidad para sentir la belleza, no la hay, tampoco, para admirarla y para amarla. Y, entonces, se proclama la inutilidad del Arte, que en la Bolsa o la casa de banca no tiene valor apreciable.

El gesto airado de los que claman contra tal superfluidad reproduce, como lo recordaba Rodó, el gesto del ávido Izcarote, cuando, en el postrer festín de Betania,

las manos blancas y cariciosas de Magdalena vertieron sobre los pies fatigados y la cabeza pensadora del Rabbí el vaso de alabastro que contenía el nardo precioso. Como para el pérfido discípulo, siempre será para el vulgo un trabajo insensatamente derrochado derramar sobre las multitudes, menesterosas de consolación, el aroma exquisito del sentimiento. Cuánto dinero perdido en ese rico dón!

Esta argumentación de un positivismo grosero revela, en definitiva, incomprensión. Nunca dejará de haber dos categorías de hombres: únos que encuentren la belleza en lo más pequeño y ótros que no sean capaces de percibirla en lo infinito. Víctor Hugo que descubre el símbolo de un mundo en cada flor es la antítesis del grotesco burgués que no acierta a mirar una flor en todo el mundo.

Serían, por ventura, mejor el hombre, más felices las sociedades y la existencia menos inquieta y dolorosa si no hubiese poetas? Contésten los que padecen el tormento de la codicia insaciable, los que han ahogado la sutil delicadeza de la emoción en el Mar Muerto del egoísmo, al atravesar el cual paralizan su vuelo y caen inertes los pensamientos más altos y las más nobles aspiraciones.

¿Qué sería, entonces, de las almas torturadas por la duda, únas; desencantadas ótras ante la vacuidad del cielo y la miseria de la tierra; arrastradas las más por el vértigo de la lucha inmesericorde, fatigadas todas por el impulso del deseo siempre insatisfecho? ¿Qué sería de ellas, sí, cuando la proscrita poesía no nos trajese ya, desde las playas afortunadas del Ideal, las dádivas incomparables de la luz, del valor y de la esperanza?

Los cantores místicos, en los siglos de fe, la atribuían origen divino y la invocaban como una virtud; porque sabían que perfecciona la sensibilidad moral y conocían que posee el privilegio de llegar hasta los humildes y hacer en ellos brotar una promesa, derramar una lágrima o despertar una alegría.

Aunque no sea sino por este carácter, por este elemento valioso y superior de ética que ella contiene,

merece, antes que indiferencia o menosprecio orgullosos, amor y pleitesía.

Creo firmemente que, por más que se quiera extinguir la Belleza, ésta—fenix del espíritu—renacerá una vez y ótra y ótra, indefinidamente. Creo en algo más, creo en que esa impulsión destructora determinará una reacción inevitable. El rígido ascetismo de la Edad Media que pretendió despojar a la vida de todo lo que tiene de seducción y de placer y, para alcanzar la bienaventuranza, predicó el horror a la forma airosa, selecta, casta, casi augusta, no consiguió, a la postre, sino la resurrección del profundo y amplio sentido helénico, aun en los palacios de aquellos pontífices suntuosos, que trataban a los artistas como a reyes.

El Parnaso no quedará desierto y mudo como el Olimpo.

✓ La poesía nació con la primera estrella, con el primer nido, con la rosa primera y con la primera mujer; es gemela de la luz, del ritmo, del perfume y de la sonrisa. De la fuente de la emoción, que no se seca ni aun en los corazones que parecen exhaustos, brotará inagotable, mientras las perpetuas transformaciones de la materia sean el asombro de nuestros ojos fascinados; mientras la naturaleza nos ofrezca la variedad de sus consonancias y de sus contrastes y el hombre la suya, no menos infinita, de sus anhelos y de sus congojas; mientras el rayo relampaguee en las cumbres y la idea en los cerebros; mientras la tempestad conmueva los senos del mar y la pasión los senos, más hondos todavía, de las almas; mientras respiren paz el valle dormido y las conciencias puras, y, para repetir la rima del doliente y exquisito Becquer, *mientras haya en el mundo primaveras, mientras exista una mujer hermosa.*

La poesía ha dado a las lirás todas las vibraciones y las resonancias del gran todo universal, que abrumba nuestra propia pequeñez, desde el estallido del trueno—anatema de las nubes—hasta la palpitación del deseo que, en la selva inextricable, es el vago rumor de la sabia fecundante y el estremecimiento leve y casi imper-

ceptible de la yema que se hincha en el tallo o de la larva que rompe su envoltura.

¿Qué arte comparable a este arte total de la expresión que se refleja en todas las otras artes: en la música, poesía del sonido; en la pintura, poesía del color; en la escultura, poesía de la forma, y en la arquitectura, poesía de la línea?

Tiene, ciertamente, un poder deífico y los poetas mismos, los grandes poetas, son como dioses, porque crean seres, no por ideales, menos vivos que los demás y que, más privilegiados que éstos, llevan en sí la esencia de la inmortalidad.

Las divinidades del mito pagano, después de derruido el templo de mármoles pentélicos y de apagada el ara del sacrificio, se animan aún en las páginas de la *Iliada*, donde, a despecho del polvo milenario, alienta un soplo de grandeza sin igual. Cuando la mirada se extasía en ese poema, maravillosamente inspirado, se cree vivir entre una generación de gigantes, en la cual todo es excelso y formidable: el rodar de los carros, el horror de la lucha, la ira de Aquiles, la caída de Héctor, el dolor de Príamo y el reto de Ajax, que sigue repercutiendo en nuestros oídos.

¡Qué pensamiento tan profundo el de Esquilo, al dedicar al Tiempo sus egregias trilogías, que despiden todavía el aroma del laurel sagrado, y cuánta verdad en la frase que Aristófanes pone en los labios de ese trágico soberano: «Yo he muerto, pero mi poesía vive!»

¡Singular atributo el del Genio! Los hijos que concibe su fantasía perduran en los siglos, siempre jóvenes, siempre bellos, admirables siempre. Como olas sucesivas de un océano sin orillas, los individuos y las colectividades van apareciendo y disipándose, en tanto que Hamlet, por ejemplo, con sus palabras agudas como puñales, o Segismundo, en monólogo inquietante y desolador, siguen inquiriendo el indescifrable enigma, con sus tremendas interrogaciones. Canta todavía la alondra cerca del balcón perfumado de Julieta; continúan las suaves manos de Margarita arrancando los pétalos de la flor, que sirve de oráculo a su inocente corazón, y aún

se halla abierta la página del libro sobre el cual Paolo y Francesca cambian el beso de amor y de muerte. ¿No es cierto que semejantes creaciones de la pasión humana tienen una existencia que no parece ficticia y que, seguramente, es más duradera que nuestras existencias efímeras?

Una fuerza así, que dispone de una virtud tan eficiente como la de eternizar lo que hay de más inestable y fugaz—la imagen—no merece ser despreciada como baladí ni considerada como dañosa para la sociedad contemporánea, cuya marcha progresiva obedece, sociológicamente, a la cooperación de todas las energías.

La estirpe de la poesía es procerá, y bien puede, hoy como ayer, acometer y coronar las empresas más insignes. Por los derroteros que nos han abierto la ciencia y la acción tan invocadas, irá junto con ellas, plena de brío y de ardimiento, cual heraldo de una cruzada generosa, y llegará hasta las cimas donde logren elevarse la una y la otra.

A nuestra época corresponden, empero, acordes nuevos, que traduzcan la múltiple y extraña psicología contemporánea. Las muchedumbres de hoy, ansiosas de originalidades y mutaciones, no se detendrán ya a ver las figuras fabulosas de hipogrifos y centauros ni gustarán de oír los diálogos alambicados de zagales y pastoras; seguirán, indiferentes, su camino, ciegas ante esas visiones pueriles y sordas a los tañidos de las antiguas zampoñas. Y pedirán cantos de intensa vitalidad.

El Arte, como todo en la vida—donde la ley de la evolución es fatal—está destinado a transformarse. El arte moderno debe ser dinámico, si así vale decirlo.

Ya no se buscan hoy las soledades nemorosas; nos atrae el gran clamor de las ciudades, formado por todos los sonidos, desde el anhélito colosal de la máquina de vapor hasta el toque de la esquila del campanario envejecido, desde la tentadora cadencia del oro todopoderoso hasta el gemido de los hambrientos y de los desnudos que esperan la hora próxima de la justicia distributiva.

Y el poeta, aun retirado a su torre de marfil, no puede dejar de escuchar las voces centuplicadas de la

fatiga, de la pasión y del dolor ni olvidar que, en todas las actividades, hay que ejercitar la misión de *ser hombre*, que ponderaba Guyau.

La exuberancia de nuestra América, que guarda las reservas del porvenir, pide sobre todo, himnos sonoros y viriles, cantos vigorosos y sanos, caldeados por el sol de los trópicos, que se inspiren, no en un sentimentalismo anémico y falso ni en morbosos paraísos artificiales, sino en todo lo grande que ella tiene: su naturaleza y su alma, inmensas y fecundas.

Para ello, es necesario poner al servicio del arte nobleza, amor y sinceridad. Sólo se merecen los favores de las Musas cuando se les ofrece, como quería el dulce bardo de «Las Meditaciones», en lugar de la lira de siete cuerdas convencionales, ótra formada por las fibras mismas del corazón humano.

Este es el altísimo destino que está llamada a cumplir la juventud, que tiene el triple imperio de la ingenuidad, de la inteligencia y de la gracia.

Y porque así lo han comprendido y lo han sentido, vienen hasta nosotros del país del ensueño, en sus corceles alados, los trovadores casi adolescentes, a hacernos partícipes de sus tesoros y a prodigarnos las gemas de su joyero primoroso.

Llegan con el brillo y la frescura de una mañana abrileña.

Han penetrado el arcano de las cosas, han extraído de ellas aroma sutilísimo, han traducido su misterioso idioma sin palabras y han sorprendido el ritmo de su música extraña, para revelarnos, en *parábolas* hermosamente cinceladas, el ánima recóndita de lo infinito, del sol y de la tiniebla, del fuego y del agua, de la estrella y del abismo, del mar y de la fuente. Han atalayado el horizonte para anunciarnos auroras de redención y señalarnos los caminos triunfales del futuro. Han detenido su paso en el declive de la montaña, ante la muchacha campesina, candorosa hermanita melancólica, para descubrir el secreto de una lágrima. Se han sentado a la sombra del árbol del reposo para paladear la

dulzura de la paz familiar y contemplar el *estanque de oro* de las dolientes existencias.

Bienvenidos sean. Saludemos a esta pléyade intelectual que en el vértigo de nuestro intenso vivir pone hoy una nota de suavidad, con esta fiesta galante, que evoca el recuerdo de Clemencia Isaura, cuya imagen romántica y egregia parece rediviva en la maga hermosura de la Reina, nuestra señora, y de las princesitas de su Corte.

Con el estímulo y la inestimable recompensa de su aplauso, seguiréis, oh! afortunados vencedores, cultivando vuestro lírico jardín y habrá en el porvenir—estoy seguro de ello—nuevos y nuevos poetas, a quienes leguéis la tradición de vuestros lauros.

La poesía es una llama divina, avivada por la Belleza, y, vosotros, como los corredores de Lucrecio que transmiten la antorcha de la vida, no dejéis apagarla por el soplo de un positivismo helado y estéril, sostenedla y vivificadla, para que de vuestros brazos la recojan, devotamente, amorosamente, los que — gallardos justadores del Ideal—os sucederán en estos galanos torneos del *ben trovar*, que, como máximo premio, tendrán siempre una inefable sonrisa de mujer que enflora primaveralmente los espíritus.

He dicho.